

HILDESHEIMER, Wolfgang: *La víctima Helena*. Traducción de Isabel Hernández. Ediciones Clásicas, Madrid, 1998.

«¡Buenas noches, señoras! ¡Buenas noches, señores! Quiero contarles algo, acerca de mí y de la Guerra de Troya!», así resume Helena, la protagonista principal, en su primera intervención, la intencionalidad de esta obra de Wolfgang Hildesheimer (1916-1991), un escritor nacido en Hamburgo, pero que debido a su condición judía llevó durante largo tiempo una vida errante, primero por varias ciudades alemanas y luego por Inglaterra, Palestina y otra vez Alemania, hasta asentarse definitivamente en Suiza en 1957, donde escribe casi toda su obra literaria. Miembro del Grupo 47, en 1965 la ciudad de Bremen le concedió su prestigioso premio de literatura y en 1966 recibió el premio Georg Büchner. Antes de consagrarse a la literatura, se dedicó con pasión a la pintura y ejerció numerosas ocupaciones, entre ellas la de intérprete en el Proceso de Nuremberg. Concebida en 1955 como un guión de teatro radiofónico, Hildesheimer revisó posteriormente *La víctima Helena* y en 1965 realizó una adaptación teatral, versión que Isabel Hernández nos ofrece en su traducción castellana.

A diferencia de la versión mítica, la Helena de Hildesheimer no es «víctima» de un concurso de belleza entre diosas, en el que ella, sin su consentimiento, constituía el premio; más bien, Helena será aquí, igualmente en contra de su voluntad, el medio utilizado para desencadenar una guerra. Cuando el príncipe troyano Paris visite Esparta, Helena deberá provocar que éste, fascinado por su hermosura, la rapte, para que así Menelao, esposo de Helena y rey de Esparta, pueda vengar su rapto y sacar provecho político de su belleza y especial talento amoroso. Helena, que se siente irresistiblemente atraída por el joven troyano, actuará de acuerdo con lo que se le exige, pero reprobará las intenciones políticas de Menelao. Con determinación proclama que ha sido ella, quien ha seducido y secuestrado a Paris, y no al revés; pues con él desea iniciar en una isla desierta una nueva y feliz vida. Sin embargo, en el barco en el que Helena cree huir con el príncipe troyano, éste le revela su auténtica intención: su propósito, como el de Menelao, no ha sido otro que el de raptarla para provocar así una guerra con Esparta;

pues nunca antes como en ese momento los troyanos habían estado tan preparados para un enfrentamiento bélico. Helena, profundamente herida en su feminidad, comprobará impotente que ella es «la primera víctima de la guerra de Troya», «la víctima de Menelao y de Paris», «de los griegos y de los troyanos», pero también la de ella misma por haber amado a los hombres. Los hombres son indignos de ese amor: ellos sólo aman la guerra y el poder, y se sirven del amor, de la capacidad femenina de amar, como mero pretexto. En definitiva, ella «quería a los hombres, pero los hombres querían la Guerra de Troya». No obstante, se lamenta Helena, «yo estaba hecha para el amor (y no en el más alto, sino en el verdadero sentido). Para los hombres he sido meta y objeto, instrumento, víctima e imagen ideal, ... pero ninguno de ellos me ha amado. Esto es un mal síntoma, quiero decir, ¡un síntoma destructor para los hombres!».

A través de la figura de Helena y mediante el recurso a la ironía, Hildesheimer, en clara referencia a su propia época, logra plasmar artísticamente una de sus grandes preocupaciones: la guerra devastadora en cuanto constante histórica, que es provocada deliberadamente por la ambición de los poderosos y ante la que el individuo se siente condenado a la impotencia y la resignación. Ni siquiera el impulso noble y sublime del amor es capaz de impedirla. Su capacidad destructiva es tal que por siempre la fatalidad de su acontecer deja una huella indeleble, también en los 'vencedores'. Como afirma Helena, «Troya se extinguió. Es sabido que vencieron los griegos. ¿Pero qué sacaron de ello los pocos que sobrevivieron? Nada. Los ejércitos fueron aniquilados, la enfermedad y el agotamiento se llevaron a los hombres, los barcos ardieron o se hundieron, los reinos se desmembraron, las tierras se perdieron ...».

Correctamente traducida, en un estilo ágil, claro y preciso, y fiel al texto original, esta magnífica y cuidada edición, que aparece acompañada de una introducción y que Isabel Hernández dedica al inolvidable «profesor, compañero y amigo» Juan Conesa, recupera un texto y a un autor desconocidos para el público español. Una vez más, como ya hiciera en otras ediciones (*vid.* Franz Kafka, *El proceso*, Madrid, Cátedra; Gottfried Keller, *La gente de Seldwyla*, Madrid, Cátedra), también en este texto Isabel Hernández nos deja constancia de su buen hacer como traductora.

**Manuel Maldonado Alemán**